

QUÉ DEBE SER UN OBLATO

“Hijo, si te decides a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba. Endereza tu corazón, sé firme, y no te inquietes en el momento de la desgracia. Únete al Señor y no se separes, para que al final de tus días seas enaltecido. Acepta de buen grado todo lo que te suceda, y sé paciente en las vicisitudes de tu humillación. Porque el oro se purifica en el fuego, y los que agradan a Dios, en el crisol de la humillación. Confía en él, y él vendrá en tu ayuda, endereza tus caminos y espera en él.” (Eclo 2,1-6)

Podría comenzar diciendo lo que no debe ser un oblato benedictino. Los oblatos no deben ser “beatones” en la Iglesia ni personas devotas que juegan al monje en la propia casa o en la calle, ni románticos de la liturgia o de las formas medievales, ni santurriones que se complacen en frecuentar una comunidad monástica para conocer su intimidad y encontrar la compensación de una cierta familiaridad.

1- El oblato y la Regla de san Benito

El oblato es un cristiano deseoso de vivir con convicción y profundidad en Evangelio, y que ha descubierto en la Regla de san Benito un camino de luz que le facilita seguir a Cristo y lo estimula a servir a Dios y a los hermanos con un amor más puro y generoso en su propio estado de vida que no es precisamente el de la profesión monástica.

La oblación presupone pues, un cristiano convencido y consecuente, que sabe muy bien que el mejor modo de ser fiel a Cristo y al Evangelio lo encontrará precisamente en el lugar y la situación concreta en la cual Dios lo ha puesto. No es necesario evadir las realidades de la vida para ser un bien cristiano. Al contrario, es necesario, asumirlas plenamente pero, infundiéndoles un nuevo espíritu, mirándolas con una nueva visión, orientándolas hacia un fin superior. Es la novedad que viene del Evangelio. esto es fácil y al mismo tiempo resulta difícil.

Es fácil, porque esta nueva visión nace espontáneamente del don de la fe que no ha sido comunicado con el bautismo. Pero resulta difícil, porque la fe exige una educación y un entrenamiento que estimulan el ejercicio de esta visión y enseñan a moverse conforme a ella.

2- Diversas escuelas

A este propósito convergen las diversas escuelas de espiritualidad como es, en nuestro caso la de san Benito. Como él mismo ha escrito con un lenguaje propio de su tiempo, se dirige a *“quien sea que renunciando a sus propios deseos toma las valiosísimas y luminosas armas de la obediencia para militar bajo el verdadero Rey, Cristo Señor”* (Prólogo de la Regla). Con un lenguaje más moderno, nosotros podríamos decir que él se dirige a todos los cristianos que, dejando de moverse por razones y reacciones puramente naturales, quieren dejarse guiar por la luz de la fe para seguir a Cristo. Por eso san Benito se propone constituir *“una escuela del servicio divino”*, donde puedan aprender a *“progresar en la fe y en la observancia de las buenas obras siguiendo la guía del Evangelio”* para poder hacer el mismo *“camino de Aquél que nos ha llamado a su Reino”* (Prólogo).

La Regla, donde san Benito explica todas estas cosas, no es otro Evangelio. Es simplemente, una enseñanza teórica y práctica, que puede facilitar una comprensión más profunda del Evangelio de Jesucristo, y un cumplimiento más fiel de sus exigencias.

La escuela evangélica de san Benito, de ninguna manera es la única. Hay muchas en la Iglesia. La diversidad de escuelas se hace necesaria a causa de la diversidad de temperamentos y condiciones de los hombres en el mundo, que son todos llamados a seguir a Cristo. Cada escuela tiene sus métodos y sus características que convendrán a una clase de personas más que a otras. El oblato benedictino ha descubierto que las enseñanzas de san Benito, se adaptan bien a su manera de ser, con su formación, con su modo de formular el ideal evangélico. Por eso toma como “maestra de vida” la Regla de san Benito.

Al mencionar más arriba la Regla de san Benito, he dicho que contiene una enseñanza teórica y práctica. Debemos detenernos un momento para explicar esta distinción entre la teoría -más exactamente la llamaría doctrina espiritual- y la práctica, es decir, el ordenamiento concreto de la vida del monje, que se inspira en

esa doctrina y la traduce en obras en su vivir cotidiano. Esta distinción, me parece muy importante, porque la doctrina espiritual es una cosa tan profunda que sobrepasa los estrechos límites de un género de vida como es hoy el de un monasterio, y puede ser norma de conducta evangélica para todo cristiano generoso, como sería el caso de los oblatos. Es una cosa tan ligada con el espíritu del Evangelio, que no envejece con el tiempo, sino que en todo momento y en cada circunstancia, conserva su vigor y su actualidad.

Si leéis con atención el magnífico prólogo de la Regla, veréis que san Benito, exponiendo su espiritualidad no se dirige exclusivamente a los monjes. Solamente en el último párrafo menciona la “vida monástica” y “el monasterio”. Podríamos decir que la doctrina de san Benito es más cristiana que monástica; o si queréis, es monástica porque la aplica a los cristianos que, para poderla poner en práctica hasta las últimas consecuencias, se han hecho monjes. Más, puede haber cristianos que, sin hacerse monjes, quieren vivir con plenitud las exigencias del Evangelio. Para esto, la doctrina espiritual que san Benito expone en su Regla, puede ser norma de vida cristiana para cada uno cualquiera sea su condición humana y social.

3- Una enseñanza práctica

En vez, el ordenamiento práctico de la vida de un monasterio no es otra cosa que una consecuencia de dicha doctrina. Ha sido redactado pensando a los hombres de un tempo determinado que tenían su propia cultura y su propia civilización, que se sentían llamados a vivir como monjes.

A estos hombres san Benito trata de organizarlos, de modo que todos los hechos de su convivencia en el monasterio, sean inspirados en esa doctrina y les sirvan como incesante ejercicio de entrenamiento. Está claro pues, que muchos elementos de la Regla que contienen normas de organización del monasterio, no pueden ser tomados al pie de la letra por un oblato, como tampoco lo pueden tomar complementemente los monjes de hoy. Todavía, un estudio profundizado de la Regla da mucha luz para captar la parte de espíritu que hay en alguna disposición, aún en las más minuciosas y que resultan las más alejadas de nuestros tiempos. Quien se deja penetrar bien por la doctrina espiritual de la Regla adquiere una especie de sensibilidad que le permite adivinar qué maneras de hacer y vivir pueden sustituir, en nuestro tiempo y en la propia condición de vida aquellas que san Benito ha

establecido para los monjes de su tiempo, a fin de actuar en todo momento aquel espíritu. Por eso el oblato siente la necesidad de encontrar en un monasterio “algún maestro” que, como hace el Abad respecto a los monjes, sea capaz de comprender sus aspiraciones cristianas; alguien que, radicado en la misma tierra, respirando el mismo aire, participe de las mismas preocupaciones religiosas políticas y sociales, pueda hacerse cargo de la situación concreta en la que el oblato debe moverse; alguien sobre todo que, viviendo intensamente del espíritu de la Regla como monje, pueda comunicarle esta espiritualidad y enseñarle cómo puede traducirla en obras de vida cristiana a través de las realidades humanas que constituyen su vivir de cada día.

4- Puntos notables de la espiritualidad benedictina

Toda espiritualidad auténtica debe estar centrada en Jesucristo ya que Él es el centro de la Buena Nueva que anuncia el Evangelio. Toda escuela de espiritualidad debe enseñar a sus seguidores a moverse y reaccionar frente a los diversos hechos de la vida, de manera tal que todo converja en Cristo y encuentre en Él su explicación y su fin.

5- El amor de Cristo

Así san Benito pretende que su discípulo sea un enamorado de Jesucristo. Lo atrae por el corazón, sin someter a su consideración grandes razonamientos teológicos. Solamente en el prólogo parece querer convencerlo con algunos textos de la Sagrada Escritura. En el fondo, sin embargo, se ve que todo su esfuerzo consiste en disponer al discípulo para que esté atento a la voz del Señor que lo llama. Habiéndolo pronto puesto en contacto con esta voz emocionante e irresistible, san Benito, se aleja de los razonamientos y se dirige al corazón que se ha dejado ya atraer.

“¿Qué cosa más dulce para nosotros que esta voz del Señor que nos invita, hermanos amadísimos? He aquí que en su bondad el Señor nos muestra el camino de la vida”.

Un camino que si bien estrecho y ríspido, “*se recorre con el corazón dilatado en la indecible suavidad del amor*”. Es la actitud de enamorado; de aquél que, “*nada antepone al amor de Cristo*” (cap.4 y 72) , que es capaz de cumplir las cosas más

duras y difíciles *“sin esfuerzo, con naturalidad, por amor a Cristo”* (cap.7), movido por una obediencia (es decir por un deseo de complacerlo en todo), *“la cual es propia de aquellos que nada tienen más querido que Cristo”* (cap. 5). Por eso, como les sucede a los enamorados, todo les habla de Él; lo saben descubrir enseguida; todo suscita su recuerdo y su imagen; aquellos con quienes conviven, aquellos con quienes se encuentran por el camino, los compañeros de trabajo, los necesitados, los atribulados, los amigos y los enemigos aquellos que están contentos y aquellos que lloran; los acontecimientos de la vida, las vicisitudes de la historia, la belleza de la naturaleza; todos los hombres y todas las cosas están iluminados por un reflejo de su rostro, llevan un eco de su mensaje.

El enamorado tiene una sensibilidad muy fina para captarlo, para dejarse prender por la alegría y la exigencia de la presencia viva de Él y para comportarse de una manera nueva que a veces puede parecer poco razonable, pero que es el comportamiento de los enamorados (cf. cap.2,36:53;63;72). De dónde nace esa nota característica de la espiritualidad benedictina: la actitud humilde y obediente del discípulo. Cuando se ama de verdad, no se desea otra cosa que dar gusto a la persona amada. No es una actitud depresiva, al contrario es la expresión más libre y espontánea de un amor totalmente entregado a complacer al ser amado.

Leed con esta prospectiva el Cap. V de la Regla, esa prontitud de acción, ese olvido de sí mismo y de todo interés personal, esa actitud decidida que no admite vacilaciones ni retardos, ni descuidos, ¿de dónde puedo brotar sino de un corazón ardiente y apasionado? (cf. cap. 68 y 71).

Así también, el enamorado trata espontáneamente de hacerse semejante a Aquél que ama.

6- Imitación de Cristo

A este respecto, san Benito muestra a su discípulo una imagen de Cristo que considera la más perfecta y sublime: la del Hijo que por amor al Padre y a los hermanos no ha venido a hacer su voluntad sino la de Aquel que lo ha enviado (cap.5) y así *“se ha hecho obediente hasta la muerte”* (cap.7). Es la imagen de Cristo enamorado del Padre y de los hermanos. Porque también el Padre es Amor y *“tanto ha amado al mundo que ha donado a su Hijo Unigénito”* (Jn 3,16) San Benito quiere conducir a su discípulo por este camino que Cristo ha seguido, *“imitando al Señor”*

(cap.7) de tal modo que el enamoramiento de Cristo lo lleve al Padre y a los hermanos hasta el don total de sí mismo.

Como lo hizo Jesús, el amor al Padre se manifiesta en cumplimiento perfecto de Su Voluntad que es voluntad de amor (cap.68); y el amor a los hermanos se expresa en el don total de la propia persona para el bien de ellos según la voluntad del Padre (cap.71).

7- Humildad benedictina

Esto da origen a la actitud fundamental que san Benito llama humildad, y que es el olvido de sí mismo, exclusión de toda forma de egoísmo, disponibilidad para todo tipo de servicio, aceptación valiente de toda contrariedad y de toda injuria, de tal manera que nada pueda ser obstáculo o impedimento para seguir a Cristo en su camino de obediencia hasta la muerte por amor al Padre y a los hermanos y todo esto sin cara triste, sin perder el humor y el sentido pascual de la vida cristiana, ya que el discípulo de san Benito afronta cualquier situación o circunstancia de la vida *“con goce del Espíritu Santo”* y *“esperando la Pascua con una alegría de espiritual deseo”* (c. 49).

Evidentemente, esta respuesta humilde y obediente y alegre del cristiano, es más fácil explicarla que darla en los momentos más duros de la existencia. O mejor, no solamente es difícil, sino hasta imposible e incomprensible para quien no ama con gran fervor de caridad. Y esta caridad es puro don de Dios. San Benito no lo ignora. Por eso ya al comienzo del Prólogo advierte a su discípulo: *“Antes que nada, para todo cuanto bueno emprendas, debes pedir con fervorosa y asidua oración al Señor que sea perfeccionado por Él”*. Pero no duda que Dios lo asistirá porque *“se ha dignado anotarnos entre sus hijos”*. Sin embargo, se trata siempre de un don que debemos recibir y trabajar en modo que, *“estemos siempre prontos a servirlo fielmente con los dones que Él nos ha concedido”*.

Debe existir pues, una actividad espiritual que por una parte nos mantenga en contacto con Dios y nos permita así conocer su voluntad dándonos fuerza y generosidad para cumplirla, y por otra parte se traduzca en obras de amor fraterno. Será la doble exigencia del amor que en el discípulo de san Benito se concretará en eso que se llama *“la obra de Dios” (opus Dei)*, el *“buen celo”*.

8- La obra de Dios

La obra de Dios es la parte de actividad que se dirige directamente a Dios por medio de Jesucristo: es todo aquello que pone al cristiano en relación de intimidad con Dios para que pueda penetrar en su misterio, conocer su Palabra, y también el cumplimiento del deber filial de alabanza, de agradecimiento, de confiada demanda. Con una definición más moderna la llamaremos *“vida de oración”*.

San Benito, ya lo sabemos, le da una importancia primordial, ya que *“nada se debe anteponer a la obra de Dios”* (cap.43). En el ordenamiento del monasterio esta primacía se manifestará en el tiempo que le dedica, en la asiduidad y puntualidad con que debe participarse en ella, en el cuidado y la minuciosidad con que se determinan los detalles de su celebración cuando la obra de Dios toma un carácter comunitario.

En el caso del Oblato, dadas sus condiciones y sus posibilidades, tendrá más relieve el estudio y la meditación de la Palabra de Dios. Se dedicará un tiempo cada día con la actitud del discípulo a quien corresponde escuchar con docilidad, y dejarse interpelar por la Palabra. De esta atención amorosa nacerá una plegaria sincera y ferviente, que lo introducirá en la intimidad con Dios y que se reflejará en su conducta habitual, y poco a poco aprenderá a penetrar una determinada palabra o una oportuna lección del Maestro para iluminar cada una de las situaciones en que vendrá a encontrarse y hallar para ellas la conveniente respuesta de vida cristiana. Así, se acostumbrará a ver los distintos acontecimientos bajo una nueva luz, la que viene de la fe y lo pone en relación con la obra salvadora de Cristo y con la providencia de Dios.

9- La Misa

Habituándose a vivir así, el Oblato encontrará el centro vital de su jornada en la participación del sacrificio eucarístico del Señor; donde la Palabra se hace Pan de Vida y donde toda nuestra asistencia es asumida por Cristo que hace de ella una ofrenda de redención universal y de alabanza al Padre. No es necesario decir cómo los diversos misterios del Señor, renovados a lo largo del año litúrgico, serán para el Oblato medios eficacísimos para vivirlos y reproducirlos en sí mismo o través de las circunstancias concretas en que se encuentre. En todo caso, lo que es más importante, es la convicción de que la vida de oración, el contacto asiduo con la palabra de Dios, la participación en la liturgia, constituyen la fuente primaria que

viniendo de Dios alimenta nuestra vida cristiana y la hace capaz de producir toda especie de frutos de caridad evangélica.

10- El buen celo

En efecto, ese manantial de agua viva que brota del corazón de Dios y que surte hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14) cuando es acogida en el corazón del cristiano, no puede estarse quieta, sobre todo si desborda en manera copiosa y sobreabundante. Necesariamente debe circular, debe seguir su curso, debe comunicarse a los demás. Es el empuje vital del *“buen celo”*, el otro aspecto de la actividad espiritual del discípulo de san Benito. Buen celo que es necesario practicar *“con un amor ferventísimo”*, esto es, que empuje a *“honrarse los unos a los otros; a soportarse recíprocamente con paciencia las debilidades tanto físicas como morales; a obedecerse con emulación los unos a los otros; a no buscar aquello que pueda parecer más útil a sí mismos, sino antes que nada que lo sea para los demás; a practicar castamente la caridad fraterna”*. Este es el *“buen celo que aleja de los vicios y lleva a Dios y a la vida eterna”* (cap.72).

11- Vida comunitaria

Por esto san Benito, bien que admire y respete a los eremitas, se dirige a aquellos que quieren vivir junto a otros hermanos formando una familia. Es en efecto, en la convivencia con los demás que se practica la verdadera caridad, y que el amor a Dios se hace fuerte y vigoroso, traduciéndose en amor a los hermanos.

Hoy, diríamos que San Benito tiene un profundo sentido de Iglesia. Pero, de una Iglesia y de una comunión fraterna de ninguna manera idealizada, más bien según a cada cual toca vivirla, asumirla y entregársela. Y subraya muy bien que es dentro de este ambiente fraterno y eclesial *“que suelen nacer las espinas de la discordia”* (cap.13).

Es aquí, donde se encuentran las dificultades, las contradicciones, las injurias que impulsan al cristiano a *“ser fiel y soportarlo todo por el Señor”* (cap.7,4° grado).

Es viviendo entre los hombres que se puede experimentar cómo estos pesan sobre nuestras cabezas y nos llevan a cumplir mediante la paciencia el precepto del Señor; si os golpean en una mejilla, presentad la otra si os toman la túnica, cededles también el manto: forzados a andar una milla, andad dos, y con el Apóstol san Pablo

se aprende a soportar los falsos hermanos y la persecución y a bendecir a aquellos que te maldicen (cf.cap.7,4° grado).

Esto no significa que la verdadera caridad consista simplemente en soportar con paciencia las dificultades y las injurias. Pero es la primera disposición: la que aleja toda forma de egoísmo y amor propio tan radicada en el corazón humano, y lo deja libre, puro y disponible para abrirse al bien de los demás, a la plena disponibilidad de servicio que se manifiesta a lo largo de toda la Regla como ambiente normal de convivencia fraterna.

12- Espíritu de Familia

Aunque su dirige a los monjes, hombres que son llamados a vivir solos con Dios, san Benito no quiere que sean hombres aislados. Constantemente y de muchas maneras les recuerda que forman una familia y que, cuanto más se sientan incorporados a esa familia, tanto más encontrarán la intimidad con Cristo y con el Padre. Cada uno de los hermanos, cualquiera sea su fisonomía, es para los demás hermanos, un sacramento de Cristo; que representa y comunica su presencia y permite hacerle a Él, lo que hacemos a cada uno de sus hermanos (cf.Mt 25,40), o mejor, diciéndolo de otro modo, estimula a tratar a cada hermano, como se trataría en esa misma circunstancia a Cristo que se hace presente (cf. cap. 2-35,53,63,72).

Resulta claro que el Oblato ha de vivir y practicar todo esto dentro de su familia natural, en su lugar de trabajo, en las relaciones ordinarias que su vida comporta.

Pero además, por el hecho de pertenecer a un grupo de oblatos que como él, buscan asimilar el espíritu de san Benito para vivir más fielmente el Evangelio, encontrará en ese grupo una nueva dimensión familiar; la de una familia espiritual vinculada a una familia monástica.

Esta familia monástica a través de la familia espiritual de los oblatos, le procurará normalmente esos estímulos de comprensión, buen ejemplo, caridad y ayuda fraterna que le facilitará la profundización y la práctica de la espiritualidad benedictina.

San Benito pone de relieve este sentido de familia y de Iglesia, cuando legisla sobre la obra de Dios hecha en común. Entonces toda la familia se presenta delante del Padre del Cielo para escuchar su Palabra y alabarla.

Cada uno aporta su riqueza espiritual en modo de formar todos unidos la riqueza espiritual de la familia, por esa razón quien se hace culpable de ausencia, de retardo o negligencia, resta algo al tesoro común de la familia que se presenta así más pobre y defectuosa delante del Padre. Por ello debe hacerse penitencia delante de Dios y de los hermanos. En cierta medida esto puede decirse también del Oblato en relación con su familia espiritual.

13- El trabajo

Un hecho importante en la vida de los hombres, que los pone en íntima comunicación con los otros hermanos es el trabajo. El trabajo comunica las cualidades y energías de cada uno para poder colaborar con los demás en el bien de todos. De las negligencias en el trabajo se puede decir la misma cosa que san Benito ha detallado para las negligencias en la participación de la obra de Dios. *“Vivir del trabajo de nuestras manos como nuestros Padres y los Apóstoles”* (cap.48) es una condición del buen discípulo de san Benito.

Se trata del trabajo realizado con interés pero con plena humildad, que asegure la vida de cada día, sin dejar infiltrarse el mal de la avaricia (cap.57).

Algunos principios de la Regla benedictina, *“que todo sea común a todos”* (cap.33) y que *“sobre todo sea extirpado el vicio de la propiedad”* (cap. 33 y 35) dan mucha luz para comprender la actitud que el discípulo de san Benito debe asumir frente a los problemas sociales del mundo actual. Son principios muy radicales que deben combinarse con otras normas prácticas de la Regla. Como cuando, después de haber citado el texto de los Hechos de los Apóstoles *“se daba a cada uno según la propia necesidad”* agrega *“que se tengan en cuenta las debilidades, de modo que quien tenga menos necesidades de gracias a Dios y no esté de malhumor; y quién, en vez, esté más necesitado, se humille por su enfermedad y no se ensoberbezca por las atenciones de que sea objeto”* (cap.34).

14- Discreción y austeridad

Pienso que aquí es necesario destacar una misión particular del discípulo de san Benito en este mundo de hoy: me refiero a la discreción y austeridad que deben caracterizarla. En un mundo angustiado por un gran desequilibrio en la distribución de la riqueza, esclavo de la propaganda comercial y de la escalada de la producción

y del consumo, ávido de un testimonio evangélico de pobreza, el discípulo de san Benito, debe dar prueba de como servirse de las cosas de este mundo; con sobriedad, con libertad de espíritu, con reconocimiento. Es lo que enseñaba san Pablo cuando escribía *“aquellos que compran, vivan como si no tuvieran, aquellos que usan del mundo, como si no lo disfrutasen; pasa en efecto la figura de este mundo”* (Cor 7, 30-31), además dice san Pablo, *“agradeciendo siempre de todo a Aquél que es Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo”* (Ef 5,20).

Esta actitud de sobriedad en el uso de las cosas permite abrirse a las necesidades de los hermanos y colaborar cada uno desde su puesto, al bien de los demás como se sugiere y establece en varias partes de la Regla; por otro lado, el agradecimiento a Dios enseña a ser agradecido con los hombres, que son los instrumentos habituales de su providencia.

Me parece haber indicado los aspectos principales de la espiritualidad benedictina que un Oblato puede practicar a fondo sin apartarse del mundo en que vive; al contrario, difundiendo a su alrededor esa bondad y esa paz que lleva en el corazón y que le vienen de Dios. Muy seguro de que, si usa noche y día de estos instrumentos del trabajo espiritual, el Señor lo recompensará con aquel premio que Él mismo ha prometido *“que jamás el ojo ha visto, ni el oído escuchado, ni corazón de hombre ha presentido, aquello que Dios ha preparado para aquellos que lo aman”* (cap. 4).

GABRIEL MA. BRASÓ
Abad Presidente de la
Congregación Sublacense O.S.B.
de “San Benedetto”

DEL VATICANO II

Decreto sobre el apostolado de los laicos

Los laicos que, siguiendo su vocación, se han inscrito en alguna de las asociaciones o institutos aprobados por la Iglesia, han de esforzarse al mismo

tiempo en asimilar fielmente la característica peculiar de la vida espiritual que les es propia.

Aprecien también como es debido la pericia profesional, el sentimiento familiar y cívico y esas virtudes que exigen las costumbres sociales, como la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, la delicadeza, la fortaleza de alma, sin las que no puede darse verdadera vida cristiana.

El modelo perfecto de esa vida espiritual y apostólica es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras llevaba en este mundo una vida igual que la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo... “cuida con amor maternal de los hermanos de su Hijo, que peregrinan todavía... hasta que sean conducidos a la patria feliz”.